



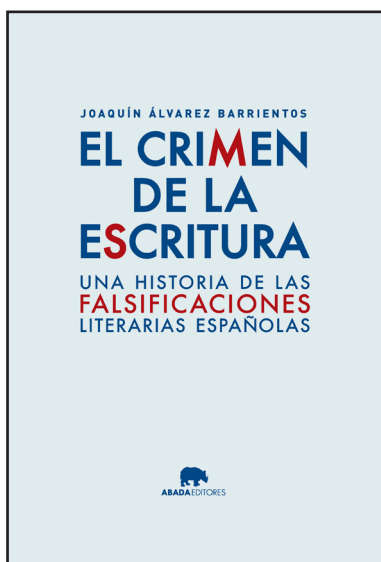
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS (2014), *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada Editores, 450 pp.



«Este es un libro sobre el engaño y la confianza» (p. 11). Con tal declaración empieza este libro, cuyo hilo conductor será sin embargo superar una visión meramente moral y policiaca de las imposturas literarias, para comprender que estamos ante una forma más de literatura —y no de las menos relevantes— con sus reglas y consecuencias, y situada en la encrucijada más íntima del acto de creación, del acto de lectura y del acto de institucionalización de lo escrito, tres dimensiones complejamente trabadas. «En las páginas siguientes se parte de la idea de que la falsificación literaria es una forma estética que se encuentra en un sistema alternativo al aceptado por todos, que busca integrarse en la ortodoxia y el paradigma del canon» (p. 16). No solo eso, sino que «inventar un autor, un apócrifo es, hasta ahora, el modo máximo de creación literaria, el mayor acercamiento para conseguir que la literatura tenga el mismo estatuto y valoración que la realidad» (pp. 39-40). Y por eso una de sus líneas maestras es mostrar que los forjadores de embustes literarios no son estrambóticos y marginales en la República de las Letras, sino que suelen ser «miembros integrados» (p. 108) y respetables de ella, cuyas habilidades y saber están a la altura de los mejores.

Este viaje a esa otra galería literaria formada por falsificadores, apócrifos, heterónimos y plagiarios, se articula en dos largos capítulos teóricos seguidos de un

tercero más extenso con un despliegue diacrónico de la materia desde tiempos de Berceo hasta la actualidad más próxima. No se ocupa solo de aspectos literarios, sino que las falsificaciones históricas —y en menor medida las artísticas— tienen también su espacio. A estos efectos, y en eso se nota que Álvarez Barrientos es un dieciochista, la divisoria entre literatura e historiografía es tan clara para nosotros como inexistente en épocas pasadas. El autor renuncia al aparataje erudito de notas, discusiones con sus predecesores, excursos o tecnicismos, a fin de aproximarse a un tipo de prosa ensayística, en un castellano preciso y transparente, donde la profusa documentación —solo hay que ver las más de veinte páginas de bibliografía, bien escogida y manejada— no estorba la diáfana percepción del hilo argumental. Es su mejor fortaleza en el plano formal, mientras que del lado de las debilidades cabría señalar una excesiva tendencia a la reiteración de ideas, conclusiones y envíos de unos puntos a otros.

El primero de los capítulos teóricos gira en torno a los «evanescentes» límites de la falsificación y los modos sucesivos o alternativos de nombrarla y concebirla: plagio, contrahechura, fraude, falsificación, apócrifo, pastiche, espurio, heterónimo, seudónimo... «Sus técnicas son distintas» (p. 25), pero no necesariamente su tratamiento, porque Álvarez Barrientos prescinde de un enfoque taxonómico, sin establecer compartimentos estancos entre esas categorías, ni extender certificados de «autenticidad» de lo que es un falso y lo que no. Prefiere discutir límites antes que levantar fronteras: resulta así un abanico de formas de escritura y firma, que se ramifican a lo largo del sistema literario en vez de encapsular dentro de él ese corpus cerrado, marginal y minoritario que a priori convendría mejor a una consideración tradicional de la falsificación como acto punible que, como tal, tendría que ser definido en términos materiales y formales susceptibles de fundamentar una condena o una absolución. Esto es vital para su enfoque «despenalizador», pero a la vez supone un riesgo de indefinición que el autor sorteas casi siempre con éxito, aunque en tal cual ocasión el lector se verá obligado a problematizar la categoría que justifica la presencia —o la ausencia— de alguna determinada obra.

Está por otro lado, como trasfondo de todo, la deificación que nuestros códigos culturales han realizado de la unívoca, sacrosanta y absoluta «autoría», ese subproducto de la idea de individualidad que nos domina desde el Romanticismo. Seguimos siendo incapaces de separar las identidades de las textualidades. Y no solo identidades de los sujetos, sino también de las colectividades, que en gran parte de la crítica (pos)moderna han reemplazado, por elevación, al accidente del *yo*. Lo más sugerente de esta historia de engaños y fingimientos es que ofrece esa grieta —o abismo— que resquebraja la solidez de un sistema histórico-literario, crítico y hermenéutico, basado en la unidad de sentido, designio y forma de la producción de cada *autor*. «Las consideraciones morales acerca de la obra de arte y de su autoría [...] desaparecerían de forma radical si la historia de la cultura no estuviera montada sobre el valor fundamental de la firma y la idea de la unicidad de la obra y del autor» (p. 32). Pero a la vez, como explica Álvarez Barrientos, las maniobras de falsificación, metaficción, autoficción o desdoblamiento, nunca niegan el concepto de autoría, sino que la presuponen, al tiempo que la desestabilizan. Este libro fomenta un saludable escepticismo acerca de las vanidades ciertas y las estabilidades supuestas del mundo literario. «Ante estas manifestaciones de la autoría, incluida aquella en la que el autor firma su obra, es claro que los escritores se relacionan con sus obras de muy diferentes maneras, según el tiempo en que nos situemos y según el modo en que ejerzan su condición de tales» (p. 50). Es en esa clave, la de entender que la autoría es, para escritores y lectores, una construcción necesaria más que una realidad inevitable, donde el lúcido ensayo de Álvarez Barrientos se eleva de categoría y lo que podría haber sido un catálogo de *desviaciones* deviene en una comprensión más sutil de la *norma*.

El segundo capítulo se detiene en las motivaciones y los recursos de las falsificaciones. En la entrada se enumeran como motivos el nacionalismo, la religión, el patriotismo y la política, así como el resentimiento, la venganza y la búsqueda de la fama. Estos últimos móviles más personales tendrán desarrollo cumplido en la sección diacrónica cuando se trate de los casos más puramente literarios, pero aquí el autor se interesa sobre todo por los motivos digamos que colectivos, en particular las fabulaciones originadas por la religión y el nacionalismo —esa gran falsificación de falsificaciones, aún hoy entronizada encima de sus infinitas mentiras—, que a menudo ocultan intereses muy personales y muy materiales, convertibles en divisas de curso legal. Esto sí que no es un juego, pues «las falsificaciones recrean el pasado para inducir el futuro» (p. 85). En realidad se pretende fabricar el futuro, manipulando el pasado desde el control del presente. «Las falsificaciones desempeñaron un papel importante en la construcción de las naciones porque en ello tuvo un peso notable la cultura; desde la nación cultural se forjó la nación política» (p. 90). En asuntos de patriotismo todo es cuestión de convertir deseos en realidades, a fuerza de mentiras si no hay modo mejor.

Bajo esta perspectiva, no es de extrañar que se otorgue en los capítulos posteriores un espacio destacado a los falsos cronicones y otras supercherías históricas producidas entre los siglos xv y xviii. Álvarez Barrientos subraya que tenían, además de una motivación religiosa, nobiliaria o localista, un sentido fuertemente monárquico y nacionalista. Aunque en épocas más modernas serán los nacionalismos periféricos los mayores productores de mentiras convenientes, en aquel periodo la fuente tóxica —los juicios de valor son míos— sería el nacionalismo español, el deseo de fundar en una antigüedad remota una unidad que aún era sobre todo dinástica y engrandecer esa monarquía sobre las demás de Europa. Otras mentiras procurarán luego disgregar lo que esas mentiras agregaban. La lista de ejemplos aducidos en este libro habla por sí sola, pero Álvarez Barrientos se mantiene fiel a una neutralidad de la que en esta reseña me permito prescindir. No cae en el riesgo de subirse a una tribuna para condenar o denunciar, sino que con mucho tino y rigor muestra esquemas de conducta repetidos y explicables, y los interpreta sin juzgarlos, salvo quizá cuando sentencia, como quien no quiere la cosa: «falsificar fue, es, de patriotas» (p. 106). Ahí es nada.

La parte diacrónica se jalona en veinticuatro secciones que agrupan un número muy superior de asuntos y abarcan todas las épocas, géneros y modalidades. Este amplio repaso prueba que se trata de un tipo de literatura que, aunque existe desde siempre, ha ganado presencia y hondura durante la modernidad y la posmodernidad. Uno de los ejes del estudio es la mudanza categorial empezada en el xviii y materializada en el xix por el que una serie de prácticas literarias normales, aceptadas y amparadas por la convención y las costumbres devienen en actos vergonzantes, ilícitos y relegados al ámbito moral y social de lo delictivo. En este sentido, «si la falsificación literaria puede ser considerada un género o una práctica tan canónica (por generalizada) como cualquier otra que se dé en el campo literario, es en el xviii cuando se sientan las bases de tal consideración, mientras los criterios de autenticidad levantan sus muros rectores y normativos» (p. 202). A una y otra vertiente de ese parteaguas la literatura apócrifa adopta aspectos y valores distintos. Pero será sobre todo en el siglo xx cuando los juegos de fabricar u ocultar identidades adquieran un carácter más normalizado, de transgresión tolerada y tolerable.

Hay un poco de todo: misterios que aún duran, como la autenticidad de *Curial e Güelfa*; falsificadores como Antonio de Guevara, a quien el autor no regatea su simpatía y a quien, a cuenta de sus invenciones, le atribuye una modernidad y un humor que sus críticos nunca supieron ya no valorar, sino ni siquiera detectar; falsificaciones celebradas como ciertas durante siglos, como la del *Libro de las querellas* de Alfonso el Sabio; creadores

tempranos de heterónimos como Lope de Vega con Tomé de Burguillos, Cándido María Trigueros con Melchor Díaz de Toledo y Mariano Pardo de Figueroa con el Doctor Thebussem; supercherías eruditas con implicaciones ideológicas como la de José Marchena en el *Fragmentum Petronii* («un desafío al orden académico y cultural establecido, del mismo modo que otros escritos suyos habían desafiado a la política», p. 226); infinitos sabios chasqueados que forman parte esencial del engaño, pues «los falsarios cuentan con la predisposición de los eruditos a ser engañados» (p. 222); autofalsificaciones como la operación de maquillaje y engrandecimiento intelectual que efectúa Moratín al antedatar y reescribir parte de su epistolario literario; falsificaciones que son más bien bromazos, como la que urdieron Manuel Gómez Ímaz y Enrique de Leguina para escarmentar a los hermanos Pérez de Guzmán, celeberrimos coleccionistas de libros en la Sevilla de fines del xix; falsificaciones arrojadizas, como la que perpetró Julio Cejador para usar un falso Menéndez Pelayo como ariete contra la Real Academia Española; embustes que son producto de patologías literarias, como la bibliofilia, «manifestación del proceso por el que la cultura se convirtió en valor económico» (p. 298); libros inexistentes que aparecen de pronto en la bibliografía para quedarse; falsificadores que no falsifican obras, sino fechas, como el ultraísta Rafael Lasso de la Vega, que hace pasar por reimpresiones sus libros a fin de colocarse como pionero de su estética alterando así no la literatura, sino la historia de la literatura, prueba de que para muchos escritores esta es tan importante o más que aquella... Un poco de todo, y no cito ni la mitad de lo que contienen estas páginas.

«La literatura llama a la literatura» (p. 172), dice el autor, comentando el encadenamiento de falsos, imitaciones, pastiches y continuaciones que amontonan determinadas obras (el *Quijote* es un buen ejemplo, pero afloran más). Sin este juego de tirar del hilo de lo que otro ha escrito, de buena o de mala fe, parte de la literatura jamás se habría escrito. Cervantes y su obra tienen, significativamente, una presencia central en el libro, por el cruce de intenciones nacionalistas, eruditas y literarias que se concentran sobre ellos, especialmente en el siglo xix. Y otro punto llamativo —o no— de esta diacronía es la reiterada presencia cruzada de los mismos nombres entre quienes falsifican y quienes denuncian falsificaciones. El ladrón reconoce a sus pares y, como insiste Álvarez Barrientos, la técnica de falsear es también la técnica de autenticar. Hay también escritores gráfomanos y mendaces, a muchos de los cuales les pierde el prurito de darse a conocer para gozar de la gloria de su engaño. Porque ahí funciona el luminoso principio que uno de los falsificadores citados en el libro, el duque de Tovar, inscribió como título de su autobiografía: *Si no lo cuento, reviento*.

En cuanto a esta selección de asuntos, uno está tentado de señalar lagunas y añadir nuevos nombres, porque siempre hay que decirle al que mucho hizo que no hizo suficiente. Y previsiblemente se advierten lagunas en aquello en que cada uno se las da de conocedor. No será menos, aunque me he de limitar a sugerir que los almanaques y pronósticos astrológicos del xviii ofrecen un terreno minado para un concepto convencional de autoría, lleno de heterónimos —no otra cosa son los *piscatores*, o por ahí cerca andan—, contrahechuras y máscaras. Solo se nombra una vez al gran Diego de Torres Villarroel y es de forma incidental: bien digno sería de capítulo propio. También hubieran merecido un hueco las interferencias entre las autorías apócrifas y los cambios de identidad por causas políticas. Álvarez Barrientos menciona un par de veces el caso de Antonio Enriquez Gómez/Fernando de Zárate, pero de pasada, y no incluye un ejemplo parecido a caballo entre el xviii y el xix, el de Juan Antonio Olavarrieta/José Joaquín de Clararrosa. En ambos casos, y seguramente en otros salpicados en la triste historia del exilio y la represión ideológica en España, borrar el propio nombre es algo más que un recurso vital: implica a la vez una falsificación literaria y/o un juego de heteronimia que convendría

explorar desde este punto de vista. Pero ya está bien con escribir más de cuatrocientas páginas en una materia sobre la que no existe una obra similar en la literatura española y que desde ahora tendrá que ser cultivada en los límites que ha acotado y estructurado esta magnífica monografía de Joaquín Álvarez Barrientos. Lo único que queda por hacer es preguntarse si nos habrá colado algún falso o algún apócrifo entre las decenas de los que se agavillan en esas páginas.

Fernando DURÁN LÓPEZ